

La cantina de la colonia Roma

TEXTO: CARLA FAESLER

"Aquí viene seguido, es más, se acaba de ir. Viene los jueves, ya ves que se juntan aquí todos", me dice Manuel, el mesero que atiende en la parte oeste de la cantina y quien desde hace años me saluda en blanco y negro por mi nombre. Son pocos –como el solar y sangriento Sergio– los que detestan esta cantina, por lo ruidosa, dicen unos; por lo decididamente actual de su clientela, dicen otros. A mí lo que me interesa es lo que aguarda en el sótano. Claro, casi todos vienen atraídos por la promesa de un ritual que nunca se realiza, por la ceremonia que no tuvo lugar anoche, ni esta noche, ni mañana en la noche.

Se miran, se saludan, se hablan en voz alta y de repente, cuando un breve silencio flota como burbuja esperando su levisima explosión, todos al mismo tiempo giran la cabeza y los ojos hacia la puerta de la entrada. Sin moverse, en alerta, fijan sus pupilas en la sombra que se arrastra pintando el cristal opaco con herrería de bronce. Pero nada. Lo único que entra es el aire que viene de la calle de Puebla. De inmediato se enciende de nuevo el ruido ambiental de parloteos y gestos. Manuel va y viene todo el tiempo con cervezas y empanadas gallegas. Debajo de su camisa blanca, palpita su verdadera identidad. Sabe que sé algo. Y sé que es por eso que a veces aparece Juan, el dueño, un español encantador que llega a nuestra mesa y nos invita los últimos tragos de la noche y nos dice que es gracias a nosotros que ésta, la cantina más popular de la colonia Roma, ha podido seguir adelante y enfrentar las crisis.

La última vez, hace unos días, mientras Juan decía que gracias a nosotros, noté en su boca un tejido extraño, un color, una forma ajena a nuestra anatomía, pero en su

hablar veloz, aquello desapareció entre sus dientes y su lengua. Yo me quedé absorta estirando los ojos hacia su esófago, buscando descubrir lo que hay ahí dentro. "Aquí está tu copa, cortesía de la casa", me dice Manuel para distraerme de mi certeza. Al voltear doy con las otras mesas que están llenas, con los grupos que aquí y allá conversan de pie. Reconozco a casi todos: escritores, artistas, editores, toda "la culturita", como dice Armando. Sin interés noto que entra al baño mi amiga poeta –por quien pregunté a Manuel cuando llegué– a la que reconozco por su largo chaleco rojo que le llega hasta las rodillas como una suerte de túnica. Quiero ir a platicar, rérminos, hablar de posibles proyectos. Pero no me puedo mover. Mi mente camina, mi cuerpo está clavado.

Volteo a ver a Manuel, luego a José, noto que acaban de cruzar miradas. Manuel se va a la barra, José retoma la conversación del suelo. Lo veo pero él apenas me da un reojo. Miro de nuevo hacia los baños en el momento justo en que un hombre sale con el chaleco rojo, se dirige a una de las esquinas del lugar y trepa hasta que topa con el techo. Ahí se queda, obedeciendo a otra gravedad. A mi lado, Álvaro le pregunta a Juan y a todos sobre el nombre de esta cantina de la colonia Roma: "¿este lugar se llama 'El' Covadonga, o 'La' Covadonga? Sí, es el bar, pero es la virgen...". Sobre esto se discute varias horas. Las suficientes como para que yo pueda por fin incorporarme... •

CARLA FAESLER

Ciudad de México, 1967. Poeta. Ha publicado, entre otros libros, *No tú sino la piedra* y *Anátesis Maqueta*.